

NICARAGUA: EN BUSCA DEL CONSENSO

Sergio Ramírez

Escritor

La victoria de Daniel Ortega en las elecciones celebradas el primer domingo de noviembre en Nicaragua parece ser irreversible, como parece también irreversible que su pacto de repartición de poder con el convicto ex presidente Arnoldo Alemán, queda asegurado por cinco años más. Las bancadas del FSLN, el partido de Ortega, y del PLC, el partido de Alemán, obtendrán entre ambos los escaños suficientes en la Asamblea Nacional para alcanzar los dos tercios necesarios para reformar la Constitución si así les conviene, y seguir nombrando a los magistrados de la Corte Suprema de Justicia, a los magistrados del Consejo Electoral, y demás funcionarios claves del aparato de poder.

Las previsiones de las encuestas llevaban a pensar que la Asamblea Nacional quedaría repartida en cuatro fuerzas equilibradas, que cualquiera que fuera el presidente electo obligaría a una negociación en cuanto a las decisiones claves, y se fortalecería el espacio democrático. Pero bajo la premisa del “voto útil”, el caudal del Movimiento Renovador Sandinista (MRS), que llevaba como candidato a Edmundo Jarquín, disminuyó sensiblemente, y pese a que la Alianza Liberal (ALC) de Eduardo Montealegre alcanzó el segundo lugar en las votaciones, estas dos fuerzas que se declararon, cada una por su lado, en contra del pacto, quedarán en minoría.

Ortega debe apelar necesariamente a la continuidad del pacto con Alemán para alcanzar esa mayoría en la Asamblea Nacional que los electores no le concedieron, pues con cerca del 40 por ciento de los votos queda lejos de alcanzar, por sí solo, ni siquiera la aprobación de las leyes ordinarias. Y su principal arma para



doblegar, o atraer a Alemán, sigue siendo la condena a veinte años de cárcel que pese sobre éste último por lavado de dinero. Ahora más que nunca Alemán necesita de Ortega para obtener una amnistía, o al menos mantenerse en el estado de libertad condicional de que disfruta.

Ortega había pasado a ser ya el actor principal del pacto, con más poder que Alemán. Ejerce un control absoluto sobre el sistema judicial, con jueces y magistrados que no dudan en cumplir sus instrucciones para dictar sus sentencias, aún en los casos de justicia común. Y también ejerce ese control sobre el Consejo Supremo Electoral, desde que su presidente, Roberto Rivas, que se alineaba con el bando liberal, se pasó al bando sandinista como consecuencia del otro pacto que Ortega logró con el cardenal Miguel Obando. Rivas es un allegado íntimo de Obando.

Desde la presidencia, Ortega tendría ahora la oportunidad de cerrar el cerco sobre todas las instituciones estatales, que resultarán sin duda más debilitadas aún en su independencia. Y faltará ver cuál es la actitud que tomarán tanto el Ejército de Nicaragua como la Policía Nacional, que pese al origen sandinista de sus mandos superiores han logrado en los últimos quince años consolidar su papel institucional, lejos de toda ingerencia en los asuntos políticos. No hay duda que el respeto o no de este papel será una de las pruebas más claras acerca de las intenciones de Ortega en cuanto a su forma de gobernar.

La reforma constitucional que permitió a Ortega ganar la presidencia con un nivel de votos bajo, es la corona del pacto, una concesión que le hizo Alemán, dada la imposibilidad en que Ortega ha estado siempre de obtener cotas superiores al cuarenta por ciento. En estas elecciones ha sacado aún menos votos que la vez anterior. Esto crea para él un problema que deberá enfrentar desde el principio, y es la falta de consenso. Del otro lado, el sesenta por ciento que no votó por él no hubiera querido verlo nunca como presidente, según las encuestas, lo que abre un



escenario de polarización, sobre todo frente a la clase media, temerosa de cambios abruptos, y frente el sector empresarial.

Ortega, con todo el poder que ahora tendrá en sus manos, el mayor que se haya visto en la historia del país concentrado en una sola persona desde tiempos de Somoza, deberá maniobrar en aguas difíciles para buscar el consenso nacional que le permita empezar a gobernar sin confrontaciones. Ya tiene el respaldo del cardenal Obando, y de los obispos que aún siguen siendo fieles a Obando tras a su paso a retiro. Pero ahora deberá buscar cómo entenderse rápidamente con los banqueros y los empresarios.

La cercanía con Chávez y con el gobierno de Cuba no va a ayudarle precisamente en esta tarea, cercanía que seguirá siendo vista con suspicacia por la derecha empresarial. Y para no alterar la andanza económica del país, deberá sacar buenas notas desde el primer mes en el gobierno.

Lo peor que podría ocurrir a Ortega es que la desconfianza en su gobierno provocara una corrida de capitales, y que la inversiones extranjeras, que empiezan a crecer en el país, sobre todo en el sector de turismo, resultaran ahuyentadas. Para evitarlo, tendrá, en primer lugar, que jurar fidelidad al FMI en cuanto al cumplimiento de los parámetros con que los últimos tres gobiernos conservadores se han comprometido, y así mantener estables los índices de la economía. Luego, deberá convencer a los inversionistas extranjeros de que Nicaragua es un territorio fiable, y que no correrán el riesgo de intervenciones estatales en el ámbito de sus negocios, ni se verán amenazados por expropiaciones ni tomas de tierras cuando se trata del área agrícola.

No existe ningún equipo de economistas y expertos financieros de primera línea alrededor de Ortega, y aquellos comprometidos con las viejas creencias de la economía estatal y la planificación, no le servirán de mucho. Pese a su retórica anticapitalista, todo hace indicar que deberá acercarse a los mismos empresarios en busca de sugerencia de nombres para los cargos claves de ministros de Finanzas,



Economía, y presidente del Banco Central. No sería raro ver a alguno de los ministros del actual gobierno conservador seguir en sus cargos.

Y le resta lo que es aún más crítico, definir sus relaciones con Estados Unidos.

Washington hizo todo lo posible para evitar la elección de Ortega, y ahora ha recibido su triunfo con hostilidad. Quienes aconsejan al presidente Bush sobre los asuntos de Nicaragua pertenecen a la generación de políticos que manejó la guerra de los contras bajo la administración Reagan, y se han quedado estancados en su visión de los ochenta, de modo que un acercamiento no será del todo fácil. Y no le servirá a Ortega su viejo discurso antiimperialista, ni le ayudarán sus estrechas relaciones con Chávez, quien de seguro pasará ahora a ser un huésped frecuente en Nicaragua.

Ortega siempre abogó en contra del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, y a favor del ALBA, la propuesta de integración económica latinoamericana de Chávez. Pero el ALBA es apenas una propuesta, sin mecanismos definidos, y sin muchos socios, mientras el TLC con Estados Unidos entró ya en vigencia, y sabe que abandonarlo, o limitar su aplicación, sería suicida. De modo que, por este camino, es que deberá buscar, sin retórica, cómo tender un puente de entendimiento. Pero tampoco la oferta de Chávez de entregar a Nicaragua todo el petróleo que necesita a precios concesionales, puede ser echada en saco roto.

Por mucho que Ortega no guste al gobierno de Estados Unidos, si la comunidad internacional reconoce su elección como legítima, Washington no podrá alegar muchos motivos de hostilidad, y esperarán seguramente que sea Ortega quien dé el primer paso.

Se trata de un presidente legítimamente electo, conforme las reglas del juego electoral que todos los demás aceptaron. Y si la responsabilidad de buscar el consenso es principalmente suya, también es de todos los demás. Al fin y al cabo,



todos los nicaragüenses están ahora subidos en el mismo barco, y si no un naufragio, la zozobra misma en la travesía podría llegar a tener consecuencias incalculables para una economía demasiado frágil. Basta citar el ejemplo de que el treinta por ciento de los gastos presupuestarios del país proviene de donaciones internacionales. Algo que no hace sino confirmar nuestra matrícula como uno de los tres países más pobres de América Latina, junto a Haití y Honduras.

Pero la comunidad financiera ha empezado por dar buenas señales. El Banco Interamericano de Desarrollo anunció la condonación de la deuda del país, equivalente a unos 400 millones de dólares, y Ortega ha sostenido una primera reunión con una misión del FMI, en la que mostró su disposición de negociar un próximo acuerdo, que conllevará necesariamente más de la aplicación de las reglas de disciplina financiera, contrarias a cualquier tentación de populismo.

Todo parece tranquilo en lontananza, y, mejor que eso, nadie parece desear las tormentas.

Masatepe, noviembre 2006

www.sergioramirez.com